

ALIA

Revista de Estudios Transversales
Número 6_{05/2017}

Ignacio Marcio Cid **Prologo** p. 2

Francesco Consiglio **Analogie e concetti fluidi:
il progetto Copycat** p. 4

Mosè Cometta **Borghesia e precarietà
identitaria** p. 23

Joshua Beneite Martí **Ramon Margalef,
de lo posible y lo razonable** p. 30

Verna Martínez Martín **El “biopoder”
en Michel Foucault. Emergencia y linaje
de un concepto** p. 52

Ana María Bautista López **El exilio del texto.
De traductione** p. 61



Verna Martínez Martín*

El “biopoder” en Michel Foucault. Emergencia y linaje de un concepto

ABSTRACT

La filosofía de Michel Foucault ha sido una de las influencias más importantes que el siglo XX ha ejercido sobre nuestro pensamiento político contemporáneo. Entre sus contribuciones, la noción de “biopoder” es notable tanto por el amplio espectro de problemas que ha señalado desde su creación por el pensador, cuanto por la flexibilidad con la que es capaz de cambiar su sentido en función del contexto de problematización en el que aparece. Para comprender cuál es el marco conceptual desde el que Foucault concibió esta noción en su *Historia de la sexualidad*, es necesario un trabajo de lectura atenta y análisis de las reflexiones originales en torno a ella. Nuestra intención es prestar atención a cómo Foucault pensó el poder en sus cursos del Collège de France desde el inicio de la elaboración de *Historia de la sexualidad*.

KEYWORDS

Poder / Política / Michel Foucault / Biopoder / Biopolítica / Gobierno / Historia de la sexualidad / Cursos del Collège de France

Introducción. El problema de las nociones

Nous ne déclarons pas guerre,
nous la révélons seulement.
TIQQUN, *Eh bien, la guerre!*¹

Michel Foucault es una destacada figura del pensamiento político de nuestra época. La actual importancia de conceptos como “disciplinas” o “biopolítica”, ponen de manifiesto su rica herencia. Pero, como es natural, el uso *indiscriminado* de una noción conduce a ambigüedades, contradicciones e inoperancias. Cuando, además, el contexto de la «verdad» del discurso puede identificarse con un campo

* Verna Martínez (Torrelavega, Cantabria, 1994) estudió Filosofía en las universidades de Santiago de Compostela y Barcelona. Escritor de ensayo y poesía, actualmente cursa el Máster de Formación de Profesorado en la Universidad de Barcelona.

1 “Nosotros no declaramos ninguna guerra, / tan sólo la revelamos.” TIQQUN, *Y bien, ¡la guerra!*

de «guerra»², la urgencia de frenar este tipo de usos aumenta. La sofística no es un mero entretenimiento, no se trata de una «batalla contra los ectoplasmas»³. Estamos manejando «cajas de herramientas», o incluso «bombas», cuando operamos con ideas (Droit 2006: 56-57, 74). El resultado de su manejo dependerá de nuestra habilidad, que es práctica *en la misma medida* en que es teórica. Del uso que hagamos de él, depende que un concepto sea «un explosivo eficaz como una bomba y hermoso como los fuegos de artificio» (2006: 80). O bien, que nos estalle en las manos.

Hemos querido centrarnos aquí en una noción, diseñada por Foucault en un momento dado, y que también ha dejado sus secuelas. Tiene su propia genealogía, su "emergencia" y su "linaje"⁴. Se trata del término 'bio-poder'. Éste, después de Foucault, ha sido usado con sentidos y fines muy diversos. La crítica jurídico-política de Agamben⁵, la "Metafísica Crítica" de *Tiqqun* (Tiqqun 1999), el marxismo de Negri y Hardt, o el movimiento queer y trans y sus teorías⁶, son algunos de los principales ejemplos. Las direcciones diferentes de estas propuestas de resistencia pueden llevar a más contradicciones que convergencias entre los usos, y en este sentido, a la descomposición de esa resistencia. El propio Foucault y su falta de precisión en la utilización de su propia idea serían, en parte, responsables. Parece que hubiéramos recibido de él una poderosa herramienta, cuyo manual de instrucciones aún está por escribir. De nosotros depende ahora que esa herramienta articule una resistencia, o la pulverice.

Aún somos capaces de advertir que «la relación [] sería y fundamental entre la lucha y la verdad [] es la dimensión misma en la cual desde hace siglos y siglos se desarrolla la filosofía». Si la filosofía es una «política de la verdad», no podemos renunciar a la tarea de escribir ese manual de instrucciones. Este trabajo pretender ser su esbozo. Confiando en las virtudes intelectuales del propio Foucault, intentaremos hacerlo principalmente en base a sus propias afirmaciones. Trazaremos las líneas generales que habrían de tenerse en cuenta para un uso correcto del término 'bio-poder'. Y con "uso correcto", nos referimos a un uso que no le haga «teatralizarse, descarnarse, perder sentido y eficacia» en el contexto de la verdad-política-batalla (Foucault 2006: 17-18).

Biopoder, anatomopolítica, biopolítica

En general, se considera que el término 'bio-poder' aparece por vez primera (con guión) en *La voluntad de saber*, primer volumen de *Historia de la sexualidad*⁷, publicada en diciembre de 1976⁸. Sin embargo, en marzo de ese mismo año, en el curso del Collège de France *Hay que defender la sociedad*, Foucault ya trabajó con ese término⁹.

2 DROIT, Roger-Pol. (2006). *Entrevistas con Michel Foucault*. Barcelona: Paidós, 103-104; *cfr.* FOUCAULT, Michel. (2006). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: FCE, 17-18.

3 TIQQUN. (1999). "Tiqqun, 1. Ejercicios de metafísica crítica", disponible en: *Tiqqunim*, <http://tiqqunim.blogspot.com.es/p/primer.html> (citado el 16/4/2016).

4 Vid. FOUCAULT, Michel. [1971] (1988a). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos.

5 AGAMBEN, Giorgio. (1998). *Homo sacer, I. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

6 PRECIADO, Beatriz. (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.

7 FOUCAULT, Michel. [1976] (2005a). *Historia de la sexualidad, I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI, 148.

8 MILLER, James. (1996). *La pasión de Michel Foucault*. Santiago de Chile: Ed. Andrés Bello, 367.

9 FOUCAULT, Michel. (2003). *Hay que defender la sociedad: curso del Collège de France (1975-1976)*. Madrid: Akal, 208 y ss.

Entre los usos en *La voluntad de saber* y en *Hay que defender la sociedad*, no parece haber diferencias relevantes; ambos convergen en gran medida. Por ejemplo, en la caracterización de la idea. Ésta se realiza por oposición al poder tradicionalmente entendido como «soberanía» y a su «derecho de vida y muerte», de «hacer morir» o bien «dejar vivir» (Foucault 2005a: 143-144). El biopoder es la «consideración de la vida por parte del poder», el «ejercicio del poder sobre el hombre en cuanto ser viviente», un poder cuyo objeto es «la vida en general» (2003: 205, 217). Es «un poder que administra la vida», «poder de hacer *vivir* o de *arrojar* a la muerte», un poder que hace de cada uno de nosotros «un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente» (2005a: 145-146, 152). Por él, la muerte no es el síntoma del ejercicio del poder, sino su «límite» (2003: 212). Es un poder más positivo que negativo en sus efectos: produce la vida y sus formas, no las cancela.

Otro aspecto común es el vínculo con a la cuestión nazi y el racismo contemporáneo (2005a: 156 y ss.; 2003: 218 y ss.). El poder soberano y el biopoder se coligan cuando una cesura biológica también indica un derecho de “hacer morir”: el exterminio racial. Sin embargo, este aspecto desaparece en ulteriores elaboraciones de la idea.

Más importante nos parece la distinción entre dos tipos de ejercicio del biopoder: la «anatomopolítica» sobre el «cuerpo humano» individual, y la «biopolítica» sobre la «especie humana», o una «población» de ella (2003: 208; 2005a: 148). La anatomopolítica se sirve como instrumento de las «disciplinas», de la «tecnología disciplinaria del trabajo»¹⁰; la biopolítica, de los «controles reguladores» y «mecanismos de seguridad» (2005a: 148; 2003: 207, 211).

El biopoder *no es unitario, y no debe confundirse con la “biopolítica”*. No sólo porque lo diga Foucault, sino por la manera histórica en que ha sido ejercido y pensado. Aparece primero como anatomopolítica del cuerpo, en torno al siglo XVII; después, desde la segunda mitad del siglo XVIII, se elaborarán biopolíticas poblacionales. A partir del siglo XIX, un saber médico (en especial, acerca de la sexualidad) normativo hará de nexo entre «el polo del cuerpo» y «el polo de la población» (2003: 215-217; cfr. 2005a: 153-155). Pero en su nacimiento, los contextos de práctica y reflexión política son bien distintos. Un correcto uso del término ‘biopoder’ debería considerar la genealogía de ambos modos.

Disciplina y biopolítica. Genealogías divergentes

En 1975, Foucault propone una genealogía de la prisión que le lleva al desvelamiento de las disciplinas. En 1978, en el curso *Seguridad, territorio, población*, afina la genealogía de estas disciplinas como instrumento anatomopolítico, después de haber formulado la idea del biopoder. La genealogía de la biopolítica, por otro lado, se reparte difusamente entre este curso y el de 1979, *Nacimiento de la biopolítica*. Para ambos, Foucault se sirve de una nueva herramienta teórica: la noción de «gobierno» (2006: 102) o «“gubernamentalidad”» (2006:136).

Como práctica, el gobierno se remonta a la «*oikonomía psychōn*» o «*regimen animarum*» del pastado cristiano: conducir las almas hacia su salvación (Foucault 2006: 222-223). El gobierno pastoral de los hombres consistía en el ejercicio de poder del pastor sobre sus conductas cotidianas. Conducir sus

10 Foucault desarrolla una teoría de las «disciplinas», como instrumento del ejercicio de poder («dispositivo»), dentro de la propuesta de una «microfísica del poder». Ésta se propone por primera vez en *Vigilar y castigar*, de 1975, antes de reflexionar sobre el biopoder (vid. Foucault 2012).

conductas, con vistas a su propia salvación. Dentro de esta teleología escatológica, la salvación de cada individuo estaba *ligada* a la salvación del conjunto. El arte de gobernar se enfrenta, principalmente, a la paradoja del sacrificio: evitar que la salvación del conjunto implique poner en riesgo a algún individuo.

Como práctica y reflexión *políticas*, la gubernamentalidad aparece en el siglo XVI. Ello, junto a los primeros Estados modernos y, como bien apunta Federici¹¹, junto a la primera gran acumulación de capital de la modernidad. No sólo de tierras y metales preciosos: también de «capital humano»¹². En *Vigilar y castigar*, el nacimiento de las disciplinas ya se puso en relación con los procesos económicos de la época¹³. Si analizamos el fenómeno de la producción económica, el aprovechamiento de capital humano se basa en «aumentar las fuerzas, las aptitudes y la vida en general, sin por ello tornarlas más difíciles de dominar». La disciplina anatomopolítica, desde su aparición, «manipula el cuerpo como foco de fuerzas que hay que hacer útiles y dóciles a la vez». El proyecto político de «la invasión del cuerpo viviente, su valorización y la gestión distributiva de sus fuerzas» (2005a: 149; 2003: 212) se formula de la mano del capitalismo.

Pero la anatomopolítica no obedece sólo a un “proceso económico”, sino a una práctica racionalizada de poder. Es el fruto de una primera síntesis entre el poder soberano y el gobierno. Entre los siglos XVI y XVII, ante la crisis del modelo soberano-imperial y de las instituciones feudales, los nuevos Estados se enfrentaron a los problemas del poblamiento, el comercio y los movimientos humanos. Siendo soberanos de un territorio, pasaron a gobernar también su población. La «“gubernamentalización” del Estado» (Foucault 2006: 137) fue el proceso por el que el Estado intentó “salvarse” a sí mismo, mediante la racionalización del ejercicio de poder sobre la vida humana que fue la «*ratio status*» o «razón de Estado» (2006: 276). La salvación buscada no era la seguridad de la población, sino la del Estado *por medio de* su población. La ciencia de la economía política y su primera elaboración, el mercantilismo, nacen como esta «primera racionalización del ejercicio de poder como práctica de gobierno» (2006: 129).

A la gubernamentalización del poder político del mercantilismo, le corresponde el desarrollo de un dispositivo de poder anatomopolítico: operando sobre cada uno de los súbditos, con vistas a la seguridad del Estado. Se trata de la «policía». Este término designaba, en la época, «el conjunto de los medios a través de los cuales se pueden incrementar las fuerzas del Estado a la vez que se mantiene el buen orden de éste» (Foucault 2006: 356-357). Aunque la seguridad de cada súbdito esté ligada a la seguridad de la totalidad, el objetivo de la policía es *unilateral*: «la creación de la utilidad estatal, a partir y a través de la actividad de los hombres» (2006: 370). Su objeto no es sólo la «simple vida», la vida “biológica” de los súbditos; también el «más que vivir», ese *plus* de labor, de coexistencia entre sí, de “actividad” que practican esas vidas¹⁴. Bajo la *ratio status*, la policía no es un instrumento para el «bienestar» de la población, *si no es* en vistas a la salvación del Estado (2006: 376-377). La búsqueda de la “felicidad” de los gobernados no le impide intervenir en su propia vida, sobre su cuerpo, o en su perjuicio, para garantizar el fortalecimiento y el mantenimiento del Estado.

11 FEDERICI, Silvia. (2015). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

12 Vid. FOCAULT, Michel. (2009). *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1979-1980)*. Madrid: Akal, 220-262.

13 Vid. FOCAULT, Michel. [1975] (2012). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Biblioteca Nueva, 33 y ss., 88 y ss.

14 Vid. aquí la esclarecedora distinción de Agamben entre βίος y ζωή (1998: 9-13).

Foucault resume que «[l]a policía consiste, por lo tanto, en el ejercicio soberano del poder real sobre los individuos que son sus súbditos. En otras palabras, la policía es la gubernamentalidad directa del soberano como tal. Digamos además que la policía es el golpe de estado permanente» (2006: 388). Las investigaciones anteriores de Foucault (2012) o las de Federici (2015) sobre las “disciplinas” no serían más que desarrollos, contemporáneos o ulteriores, de estas técnicas mercantilistas de policiaje que inauguran el biopoder anatomopolítico.

La biopolítica también se encuadra dentro del problema del “gobierno político”. Pero su germen será la *crítica* a la economía política del mercantilismo, a su instrumento anatomopolítico y a su servicio a la razón de Estado. Se trata de una crítica interna a la racionalidad gubernamental misma de la que depende la anatomopolítica policial, y que relegará a esta última a su función represiva actual (Foucault 2006: 404-405). Esta crítica es la doctrina del *liberalismo*, que arranca en el siglo XVIII. La escuela fisiocrática y el liberalismo proponían, en el ámbito de la práctica económica, limitar la intervención del Estado: *laissez-faire* (vid. 2006: 46-64, 385-408). Según la fisiocracia, la razón económica había de sustituir en el gobierno a la razón política. El gobierno debería consistir en una vigilancia profunda del mercado por el déspota, pero sin intervenir en su funcionamiento. La oposición fisiocrática razón política-razón económica es *externa*: una y otra se excluyen en la práctica de gobierno. Pero, aún así, sigue predominando la razón de «*moi, l'État*» (2009: 309), pues no se niega el formato soberano del poder: el déspota debe abstenerse de gobernar para beneficio del Estado.

El liberalismo, en cambio, trata de conciliar ambas formas de racionalidad gubernamental. Busca «encontrar el principio de racionalización del arte de gobernar en el comportamiento racional de los gobernados». De un lado, sitúa la razón política del gobernante; del otro, la *ratio* económica de los gobernados (vid. 2009: 308-310). Toma el campo económico a gobernar como dotado de una *ratio* específica, y la racionalidad política tiene que ajustarse a su objeto. De lo contrario, fracasará. El mercantilismo debe limitar sus intervenciones. En esa medida, será posible *de hecho* (no sólo de derecho) un buen gobierno político de los hombres¹⁵. La cuestión es, por tanto, «cómo no gobernar demasiado» (2009: 25-26). La razón económica hace de la población, dominio de gobierno, algo *activo y autónomo* respecto del poder político que se ejerce sobre ella.

Para Foucault, la práctica liberal de gobernar es el «marco general de la biopolítica» (2009: 35 n.) por el carácter de «crítica interna de la razón gubernamental» de la propia doctrina liberal (2009: 25)¹⁶. La racionalidad gubernamental del liberalismo ya no ve la población como cuerpos al servicio del Estado. No puede intervenir *directamente* en el organismo económico de la población que constituye una «sociedad civil» (2006: 400). Ésta ya tiene su razón propia. Se encuentra *libremente regida* por la racionalidad de los «intereses» que mueven el «principio de intercambio» del mercado (2009: 55-56).

¿Cuál puede ser, entonces, el objeto de un gobierno político que ya no se sirve de la anatomopolítica, sino de la biopolítica? Un “bíos” que no es el cuerpo-fuerza individual de la anatomopolítica. El “bíos” del biopoder anatomopolítico, el que va de la “simple vida” al “más que vivir”, se constituye de «esas cosas en sí de la gubernamentalidad que son los individuos, las cosas, las riquezas, las

15 Recordamos que el “gobierno” sigue refiriendo a la salvación, si bien en su forma terrena, la “seguridad”.

16 Con ello, se explica por qué el curso de Foucault de 1979 *Nacimiento de la biopolítica* consistió, esencialmente, en un análisis de la teoría económica y política del liberalismo y del neoliberalismo —haciendo apenas mención al fenómeno del biopoder o de la biopolítica.

tierras» (Foucault 2009: 56). El “bíos” de la biopolítica liberal no obedece a la voluntad soberana, sino que tiene su propia *raison d'être*. Esta razón se rige por el interés económico. El dominio de gobierno político ya no son cosas en sí: ahora está protegido por la «delgada película fenoménica de los intereses» que segrega su propia racionalidad económica. Así, la población se constituye en una «república fenoménica de los intereses» (2009: 57-58), la sociedad civil. Su “bíos” es económico.

El interés, o mejor, el «juego complejo entre los intereses individuales y colectivos, la utilidad social y la ganancia económica» (2009: 55-56), divide en dos el problema del gobierno. Redirige, al mismo tiempo, el ejercicio del poder político. No se debe intervenir en la sociedad civil, constituida por el libre juego de cada «sujeto de interés» u «*homo œconomicus*» (2009: 263 y ss.)¹⁷. Sus cuerpos son, ahora, *su* capital, y no del Estado. Pero esto no deja al Estado impasible, como al déspota fisiocrático. El gobierno político interviene *indirectamente* sobre el hombre económico, interviniendo *directamente* su «medio». El «medio», en la ciencia natural de la época, es el conjunto de elementos naturales que funcionan de «soporte y elemento de circulación de una acción», una acción «a distancia de un cuerpo sobre otro». Esta parte de la naturaleza es “artificiable”, gobernable políticamente, sin caer en las injerencias mercantiles. No ocurre lo mismo con la «naturalidad específica de las relaciones de los hombres entre sí», el libre interés que constituye «la naturalidad de la sociedad» (2006: 400). Foucault entiende la biopolítica como «una técnica política que se dirige al medio» (2006: 40-44). Aunque esta función ambiental de la biopolítica se percibe mejor en el ordoliberalismo alemán de los años 30, y su «*Vitalpolitik*, la política de la vida» (2009: 160), que en liberalismo clásico.

Poder y conflicto: “seguridad” biopolítica

Hemos visto que, aunque anatomopolítica y biopolítica se sintetizan en el siglo XIX en el biopoder sanitario (uno de cuyos instrumentos será el «dispositivo de sexualidad») (vid. Foucault 2005a: 79 y ss.), ambas formas de poder son bien diferentes. Y no sólo por su estructuración práctica – la «organodisciplina de la institución» y su «serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones», y en paralelo «la biorregulación por el Estado» y su «serie población-procesos biológicos-mecanismos regularizadores-Estado» (2003: 212). Sobre todo, porque nacen de dos formas de *entender el poder* diferentes. El gobierno mercantil de las “cosas en sí” razona distinto que el gobierno liberal de los “intereses fenoménicos”. Pero si las técnicas de poder derivadas pueden confluir en un biopoder, tal vez la distancia entre las dos lógicas del poder no sea insalvable.

Volvamos al principio, al lugar del parto. Antes de decir ‘biopoder’, Foucault ya había tratado uno de sus elementos, la anatomopolítica, en *Vigilar y castigar*. Lo que resume esta investigación es que, tras las disciplinas que modelan el cuerpo, se esconde una guerra. «Hay que oír el estruendo de la batalla» (2012: 359; cfr. 317 y ss.). Una guerra soberana reticulada, por la «normación» de un mundo subyugado (2006: 76), nos dirá más adelante. La policía, primer formato anatomopolítico del poder, “desciende” de la soberanía (2006: 119) y hereda su instinto guerrero. El principio de análisis “poder=guerra” es retomado

17 La noción de “*homo œconomicus*” es una constante a lo largo de todo el *Nacimiento de la biopolítica*. Al final del curso, Foucault trata de hacer su genealogía remontándose al “sujeto de interés” de la filosofía empirista.

en *Hay que defender la sociedad*, donde Foucault estudia los discursos históricos que conciben el ejercicio de poder político como «la guerra por otros medios» (2003: 24, 48). Y la guerra, por cierto, aparece también como un caso «limitado» del derecho de hacer morir, en el sentido de “entregar a la muerte” a sus súbditos en su propia defensa. Este derecho de hacer morir, recordamos, sería opuesto al poder que hace vivir, al biopoder.

Parece que si quisiéramos encontrar en la anatomopolítica una forma “pura” de biopoder, estaríamos descuidando. En el “gobierno político directo” que es la policía mercantil observamos un *exceso soberano*. Ese exceso no se traduce en masacres (para el mercantilismo, todo incremento económico depende de un incremento demográfico)¹⁸, sino en «la ordenanza, la prohibición, el arresto» (2006: 389). Una *limitación directa* de las «formas-de-vida» (Tiqqun 1999), que al final es contraproducente para el propio poder soberano. Una cierta guerra contra una población anárquica¹⁹. No obstante, a pesar del aspecto “fallido” de la forma policial de gobierno, no podemos olvidar que «la crisis es un modo de gobierno»²⁰, y que de este “fallo” nació la moderna policía.

Donde parece agotarse esta forma de *ver* el poder, es en la biopolítica. Frente a los primeros «micropoderes» disciplinarios y su “guerrilla” (Foucault 2012: 37), la biopolítica de poblaciones no parece analizable desde el paradigma de la guerra, que aún es propio del gobierno de la razón de Estado. El liberalismo, diríamos, trae la paz entre la política pública y la privacidad de la sociedad civil, gracias a la “razón del límite”. Pero no debemos olvidar que el liberal «arte de gobernar lo menos posible» no es la negación externa del gobierno del Estado (en eso consistía la fisiocracia, más bien), sino un «refinamiento interno de la razón de Estado» (2009: 38). Gobernar adecuadamente una población es gobernarla *indirectamente* y dentro de sus propios *límites*: en eso consiste la intervención biopolítica sobre el medio.

¿Con la biopolítica desaparece, entonces, el poder como guerra? ¿Podemos resistir a un poder que ya no es “opresor”, que se *limita* a sí mismo a diseñar mecanismos de seguridad que protejan nuestra propia libertad? El buen gobierno liberal depende, en efecto, de que nuestros intereses tengan sitio para satisfacerse libremente. Funciona con la libertad. «Está obligado a producirla y está obligado a organizarla»; es «liberógeno». Pero se encuentra en «una relación de producción/destrucción con respecto a la libertad». Al tiempo que favorece la libertad, debe velar por que el libre juego de los intereses no genere riesgos que precisen de intervención. Cada interés individual supone esos riesgos para el interés colectivo, y viceversa. Por ello, otra función de este gobierno es la de controlar esos riesgos. Se trata de «introducir un plus de libertad mediante un plus de control» (2009: 72-78). Así se entiende su proceder regulador y sus mecanismos de seguridad: «establecer regulaciones que faciliten las regulaciones naturales» (2006: 403-404): las primeras se establecen sobre el medio para *controlar la libertad* de las segundas.

18 Cfr. Federici 2015, que analiza la relación entre mercantilismo, disciplina, exterminios coloniales y feminicidios.

19 Esto, recordamos, debido a su racionalidad deficiente. Las soberanías *solipsistas* del Estado policial y del déspota ilustrado fundamentan su gobierno de las “cosas en sí” en un puro «saber de sí»: la «estadística» política policial (Foucault 2006: 361-362) o el «cuadro económico» fisiocrático (2009: 283). En ambos, el Estado ocupa el puesto de «idea reguladora» (2006: 329). El racionalismo deductivo de la policía le lleva a injerencias inadmisibles; la perspectiva empirista de la fisiocracia deja al Estado impasible ante una economía libre.

20 Comité Invisible. (2015). *A nuestros amigos*. Logroño: Pepitas de calabaza & Surplus, 21.

Se trata de una libertad establecida mediante un control securitario exhaustivo. La cosa empeora, además, cuando el neoliberalismo desvela el principio que subyace. La libertad, nos dice, no estructura la sociedad por «un juego natural de los apetitos, los instintos, los comportamientos», que espontáneamente conduzca a la equivalencia armónica de los intercambios mercantiles. Antes bien, la economía de mercado es una estructura formal, cuyo surgimiento depende de ciertas condiciones. Como la libertad, hay que producir esta estructura. El interés no es aquí “principio de intercambio”, sino de «competencia»; la razón económica que regula la sociedad no conduce a la equivalencia de los precios, sino a la desigualdad social (2009: 129-133). La «teoría de la competencia pura» del ordoliberalismo alemán de los años 30 no deduce ningún *laissez-faire* del funcionamiento del mercado, sino la necesidad de un «liberalismo interventor» (2009: 137-141). Intervenciones que incluyen su «*Gesellschaftspolitik*», “política de la sociedad” – o “*Vitalpolitik*” –, con el objetivo de dar lugar a una «sociedad de empresa» competitiva. Por cierto, «una sociedad ajustada no a la mercancía y su uniformidad, sino a la multiplicidad y la diferenciación de las empresas» (2009: 156-161). Ese es el sentido de la libertad para el ordoliberalismo: una sociedad competitiva. Por no hablar, por último, de la «teoría del capital humano» del neoliberalismo norteamericano, pareja a su proyecto de un nuevo *homo œconomicus* que, como sujeto individual, sea ya «un empresario de sí mismo» (2009: 220-262). Este paso supone la extensión de la *ratio* económica a cada rincón de la vida humana.

Un gobierno que produce *ad hoc* una sociedad libre basada en la competencia entre individuos-empresa, a base de intervenir en su medio. Además, se jacta de que el «*homo œconomicus* es quien acepta la realidad». Se ha pasado del sujeto de interés «a quien no hay que tocar» del liberalismo clásico, al sujeto de interés «eminentemente gobernable» a través de su medio. También han nacido una serie de prácticas políticas, biopolíticas, que se dirigen al entorno: primero, para liberarlo; luego, para incitar a la competencia. El nacimiento tanto del sujeto “*homo œconomicus*” como de la biopolítica, y sus cambios posteriores, obedecen a una misma razón, que ora se manifiesta, ora se camufla. Es la *ratio económica*. La economía, de ser el movimiento de despolitización de la sociedad civil, pasa a ser la «ciencia de la sistematicidad de las respuestas a las variables del medio», y así herramienta del gobierno político (2009: 266-267).

La intervención política sobre el sujeto se refina progresivamente, de la policía mercantil al neoliberalismo norteamericano. Posiblemente nos encontremos ante «*a gradual shift in focus from a relatively objective account of the acts per se towards a more subjective itemization of the private feelings surrounding them*»²¹. Pero la dominación se mantiene al mismo tiempo que se subjetiviza. «Toda relación de poder se inclina a convertirse en una estrategia victoriosa»²². Si hay una lógica que subyace a este poder permanente, tal vez sí sea la guerra, o el «agonismo» (1988b: 16), si bien con matices. En este caso, como ocurrió con la lucha de clases en su tiempo, es una guerra cuya autoconciencia es negada por otra “guerra”: hoy, la competencia en el mercado. Con el neoliberalismo, aún tenemos el proyecto de una política que nos “haga morir”, acaso lentamente. La guerra lenta de una “mano invisible” que selecciona en silencio a sus caídos²³.

21 MCNAY, Lois. (1994) *Foucault: A Critical Introduction*. Cambridge: Polity Press, 97.

22 FOUCAULT, Michel. [1982] (1988b). “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, 3, pp. 3-20 (traducción de Corina de Iturbe), 20.

23 Resultan esclarecedoras, a este respecto, las consideraciones recogidas en *Nacimiento de la biopolítica* sobre el “capital genético” en el anarcoliberalismo norteamericano. También es inquietante la insistencia de Foucault en evitar interpretaciones «en los términos tradicionales del racismo» (2009: 230-232).

Conclusiones

Repasamos lo dicho hasta aquí brevemente. En primer lugar, que la noción foucaultiana de “biopoder” nace ya escindida. Se distinguen en ella dos formas históricas del ejercicio de poder: una intervención en los cuerpos (anatomopolítica) y una aseguración de las poblaciones (biopolítica). En segundo lugar, que estas dos formas del biopoder emergen en contextos distintos, y desde maneras distintas de reflexionar sobre el poder político. La anatomopolítica, como instrumento de una razón de Estado primitiva, autorreferente y que obedece a la soberanía. La biopolítica, como instrumento de una racionalidad más refinada, gracias a la crítica liberal, que ve en una estabilidad libre del dominio económico la garantía de éxito del gobernante. En tercer lugar, que tras la pacificación del territorio de gobierno de las políticas securitarias liberales, podría haber un fondo más beligerante. La *ratio* económica que, se supone, es el “bíos” de una población instaurada en “sociedad”, quizá no sea un equilibrio invisible. Más bien, la generalización de la competencia en la totalidad del campo social e incluso entre cada individuo particular. La biopolítica, dirigida al medio, es más discreta que la anatomopolítica, pero no por ello menos profunda.

ALIA

Revista de Estudios Transversales

Barcelona, maggio 2017

Asociación de Apertura Crítica

ISSN: 2014-203X